

JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ

PUERTAS DE ORO

Itinerario poético

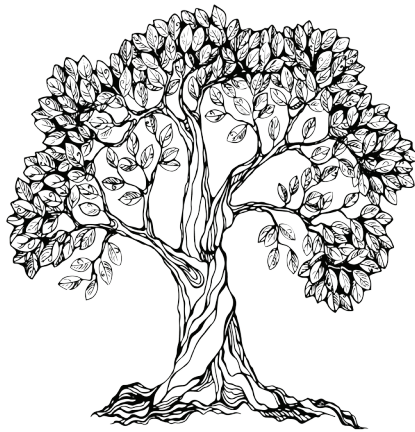
Edición de
Alfredo Rodríguez

ARS POETICA

PUERTAS DE ORO

José María Álvarez

PUERTAS DE ORO



José María Álvarez

PUERTAS DE ORO

Itinerario poético

Edición de
ALFREDO RODRÍGUEZ

colección
| BEATUS ILLE |

ARS  POETICA
boutique de poésie

Puertas de oro
José María Álvarez

Colección
BEATUS ILLE

Dirección editorial:
Ilia Galán



© 2020 José María Álvarez
© 2020 Alfredo Rodríguez (de la antología)
© 2020 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S.L.
[Sociedad editora]
c/Palacio Valdés, 3-5, 1ºC
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. (centralita): (+34) 984 300 233
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: agosto, 2020

ISBN: 978-84-17691-95-0
Depósito Legal: AS 01252-2020

Impreso en España
Impreso por Podiprint

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«No volverás ya a Paestum.
Déjate ir. Habrá un instante
en que ya no estarás. Habrás atravesado
esa puerta de oro
sentirás el poder
de Hera sobre la Luna.
Serás eterno».

De Los oscuros leopardos de la luna

EL SUEÑO DE LA CULTURA

Es el hombre más libre que conozco, y el poeta más joven. Estar con él es estar en una fiesta. Y leerlo un sueño lúcido mejor que los sueños del opio. El dragón siempre danza en sus palabras, indomable y hermoso. Cuando cumpla cien años, haremos la fiesta más memorable que vieron los siglos. Mi afecto, mi admiración, mi gratitud y el respeto hacia él no cesan de crecer. Que sea por muchos años más mi maestro y mi amigo.

FRANCISCO MIRANDA TERRER

I

VIDA DE UN POETA VERDADERO

*Acepta tu destino como el precio
de tu palabra. Escribe.*

De ELOGIO DE LA EMBRIAGUEZ

Como decía Gil de Biedma, ser poeta es todavía un destino serio y terrible, no una profesión pintoresca y marginal, que uno fácilmente compagina con alguna actividad de ganapán. En ese sentido, el poeta José María Álvarez ha sido alguien que se ha negado sistemáticamente a vivir la vida de acuerdo con directrices sectarias, y ello a pesar del ambiente cada vez más opresivo de nuestra época. La suya, la verdadera vida, estaba al otro lado del espejo. Atrincherado entre la espesa vegetación de su villa cerca del Mar Menor –Villa Gracia, su casa, convertida desde los libros y el ensueño en escenario de viajes y aventuras–, cuando no está en su vieja maison del barrio Latino de París o dando largos paseos por los bulevares, entre pilas de libros, discos de jazz antiguo y de ópera, y retratos de escritores y de rostros amados, aún se le puede escuchar decir: «Sólo me interesa la gente que ama la literatura, la música, el arte, vivir gozosamente y con elegancia». Empecemos, pues, desde ahí, con estas hojas de ruta sobre la persona y la obra de José María Álvarez.

Este poeta hace suya la escritura como memoria cultural –memoria vital y estética–, con esa voluntad integradora y selectiva de la literatura, en la escala sutil de la belleza. Álvarez se instala en los hitos

literarios para volcar en ellos su propia memoria personal en busca de una totalización poética. Es la visión deslumbrada ante el mundo. Porque además, damas bellísimas, ruinas desoladas, noches de Venecia, de Roma o Estambul... desfilan por sus poemas. Hay en Álvarez, siempre, una elección, desde un plano de nobleza, de *altura*. Los motivos, las pasiones, alusiones, objetos y criaturas de su obra, están marcadas por su sello poético, por su ademán ennoblecedor. La fuerte pasión que como poeta experimenta le lleva a iluminar sus creaciones y, en general toda la realidad, de un esplendor y belleza que las vivifica y exalta. Es esa capacidad de sugestión su poder para descubrirnos y para hacernos descubrir mundos propios y ajenos.

Llama la atención la sorprendente universalidad lograda por su obra y la gran cantidad de lectores apasionados de que goza en los más lejanos países. Escritor y viajero, con gran nostalgia de mares, ciudades, naciones, o puertos lejanos, nacido junto al mar Mediterráneo, lleva dentro de sí, un marino aventurero, y ese mar que por antonomasia recorre y estimula su inspiración es el mar de Ulises, ese mar por el que –como él dice– nos llegó todo lo que somos, nos hizo y nos formó. Sin romper nunca con las raíces sureñas, por las que asciende a sus versos una sensualidad desbordada, ha querido ser desde el principio, como hombre, un trotamundos, y como poeta, un ciudadano de la universal historia del arte y de las letras.

Dice su amigo el poeta Francisco Brines que José María Álvarez ha elegido construir, hasta donde pueda, su propio destino, y éste, por su índole, es doblemente arriesgado. Nos encontramos ante alguien que cree, firmemente, que el hombre alcanza su más alta realización en el desarrollo de su capacidad creadora, y ésta la dirige tanto a la creación de una obra literaria como a su propia biografía. Estamos ante uno de esos autores a los que si les importa el arte es porque les importa la vida, ya que aquél no es sino la manifestación suprema con que ella se nos presenta, y en el caso de este poeta se cree también que la vida merecería manifestarse siempre co-

mo arte. Alguien que ama más la vida que la eternidad, ya que a aquélla la necesita y a ésta la desconoce. Tiene muy claro lo que ama y por qué lo ama. Sabe muy bien el placer que le debe a la carne, no sólo en el contacto esplendoroso con otra carne deseada, sino en el goce que recibe de la realidad a través de todos sus sentidos. Mas también sabe que no es menor la intensidad que el conocimiento espiritual –el trato cotidiano con el universo de la cultura– puede deparar a esos mismos sentimientos corporales. Esta poesía es un persistente canto de amor que celebra la vida, y nos lo comunica para que lo compartamos. Obra, a través de esos poemas, la seducción del poeta sabio que, ingresado en la madurez sosegada de la edad, conserva íntegra la capacidad de entusiasmo. O lo que es lo mismo, el esplendor de la juventud.

Álvarez ha sido durante muchos años un «condenado al silencio» por la crítica –la tradicionalmente présbita crítica española de poesía, que tantas muestras ha dado durante los últimos años de no enterarse dónde se encontraban las más interesantes propuestas–, pero hoy una serie de acólitos lo adoran como al nuevo Baudelaire de la lírica hispana, y la relevancia de su obra se enriquece cada día. Su obra poética se singulariza hasta extremos de excepción, al tiempo que se agiganta al cabo de los años, y parece no tener fin. Este poeta es como un soldado de una trinchera, no descansa nunca de su dedicación a la literatura. Quien le conoció supo de su carisma, de su absoluta independencia al respecto de cualquier poder establecido, de su elegancia. Toda su obra quiere demostrar que la literatura no es un trabajo más, sino un destino. La luz de la inteligencia se despliega, como también la belleza del alcohol, en una brillantez de escritura. Luego está su dominio del lenguaje, de la sintaxis del poema, y esa actitud de leer en los usos rituales el signo del destino de Occidente. Con toda evidencia el poeta logra la trascendentalización de su discurso. Álvarez es un hijo de este siglo que establece la mejor metáfora de destino de nuestra cultura: el empeño en una cierta forma de vivir o de encarar la vida, muy po-

co convencional, muy literaria también, una épica extraña, a contrapelo, que siempre resulta muy atractiva. Como también era atractivo y estimulante su elogio de la inteligencia, de la belleza, de la cultura, de los viajes, los libros, la música, el cinematógrafo, del refinamiento, del individualismo, de la libertad, de la amistad, de la conversación, del cultivo de ese sentimiento de la *virtus*, del exceso y la mesura, del héroe y de la derrota, de una vida de plenitud ciertamente envidiable. Un espíritu harto libre el suyo. Siempre políticamente incorrecto, el erotismo como formulación privilegiada del deseo se extrema hasta la provocación en una vieja entrevista en Tve al responder a la pregunta de Fernando Sánchez Dragó sobre su definición de la poesía: «Un coño donde humedecer los labios», dice el poeta.

Las eternas preocupaciones de la poesía son las que siempre han ocupado a José María Álvarez. A través de la Cultura, que no del *culturalismo*, llega la única verdadera posibilidad de redención: la fascinación por la Belleza. Porque su obra es una desazonada persecución de esa única Reina. Álvarez es una tradición convertida en respiración moderna. Escritor total en prosa y en poesía, la suya es la lección de quien halló su propia ruta entre los libros, convertidos en lectura trascendida y hecha cuerpo de vida. Pocos poetas tan coherentes, tan fieles a su propia poética. Por eso sus planteamientos éticos son tan firmes, tan duros y tan irrenunciables.

Pero nunca hasta ahora había dado a la prensa este poeta una antología amplia y rigurosa de toda su obra poética. Los poemas seleccionados en este libro pretenden contagiar el entusiasmo por cuanto late en la vida y en el arte de este poeta auténtico de himno y de hondura. Su profundo vitalismo. El mismo con el que nos dice: «Yo me voy a Venecia a tomar una copa, pero no a recrear el fasto perdido, porque no tiene ningún sentido. Probablemente por la imposibilidad de la recreación de este esplendor y porque lo que realmente me interesa en un poema es que exprimiéndolo salga Dante y Homero y Virgilio y al mismo tiempo rezume gasolina y

máquinas y la locura de este siglo». Es la asimilación de la cultura y su incorporación al ámbito de lo cotidiano. A lo irremediable de la fugacidad Álvarez opone su brindis por la Vida y la Cultura, y canta con la sabiduría del escéptico. Ahora veo estos poemas seleccionados a la manera del repaso de una colección de instantáneas o de momentos, y de testimonio de un quehacer literario; y quisiera que configuraran un mapa, una constelación del mundo literario de José María Álvarez. Y un ejercicio de memoria. Éste es, por tanto, un libro fragmentario, a la fuerza incompleto, casi diría que en marcha, susceptible siempre de ser ampliado.

La voz de José María Álvarez es reconocible entre todas las de los poetas españoles, sin embargo su escritura tiene una mayor maestría que su deseo insaciable y que su ser ligado a la desmesura. Su poesía se ha ido configurando a lo largo de sus libros de poemas como un personalísimo canto de exaltación de la vida y los placeres, como un himno celebratorio. Pero Álvarez es, por demás, ensayista fino, entregado e incansable diarista, novelista ocasional y brillantísimo conferenciante. Así habría podido quedar como el hombre de una única obra inmensa, pero ha abordado otros géneros aparte de la poesía: la novela, la biografía histórica, la autobiografía, el ensayo literario o histórico. Siempre en su vieja máquina IBM de bola, porque asegura que es incapaz de leer en pantalla, que necesita sentir el papel, corregir los versos escribiéndolos de nuevo, recortándolos y pegándolos con *fixo*, para luego reimprimir la hoja y volver a la carga. Se deshace de los borradores de sus poemas para que nadie pueda traicionarlo luego sacando los desechos como si fueran hallazgos. Y cómo echa de menos las noches de alcohol y conversación hasta el alba, la farra, que dice que era fermento de muchísimas ideas, que iban diluyéndose hasta destilar en una. Se queja de que los colegas se han vuelto funcionarios, que llevan una vida demasiado ordenada. Él en cambio permanece fiel a su imagen leonada, la barba y la melena blanca, el traje, la corbata, con aire lejano y distinguido en sus ojos azules, como el

primer humo de su pitillera, y esa voz cavernosa e inquietante con la que lee sus poemas. Sus ojos de chiquillo travieso, dispuestos al guiño y la sonrisa, relampaguean con un brillo especial cuando se adentra en sus temas favoritos. Su porte señorial, y en seguida la voz, grave y poderosa, como si viniera desde los pozos de la Historia.

Uno sentía, cuando estábamos con él, que estaba con un hombre sabio. Creo que he aprendido muchísimo de él, y es, sin duda, una persona hacia la que siento admiración intelectual y afecto. Lo he leído mucho durante años —y lo sigo leyendo—, y no puedo entenderme sin recordar la emoción de las primeras lecturas de sus poemas. Porque Álvarez era otra cosa. La poesía de la Poesía. Eso era Álvarez. Con él la literatura era una pasión a la que valía la pena dedicarle la vida. Alguien que parecía ser muy antiguo, con muchos siglos de literatura auestas. Él estaba viviendo en una época en que todo lo valioso era lo último de su especie. Por eso se hacía necesario aprender de los maestros como él. Aprender de ellos sí, pero no para imitarles sino para lanzarse a la aventura de ser uno mismo, como dice Salvador Pániker. Así, si a menudo cita a otros autores, vivos o muertos, no es por pedantería sino por tenderles la mano, por una voluntad de recapitulación, por recoger la antorcha, por gana de insertar un hilo más en el tejido de la cultura. Y porque en literatura todo es intertextualidad y polifonía.

Escritor vigoroso, descreído de casi todo y polemista vitriólico, epicúreo, hedonista..., Álvarez era alguien que sin mayores filosofías sacaba de la vida el mejor partido posible. Un animal literario en estado puro. La leyenda que lleva a su espalda es el precio que ha pagado por ir en dirección contraria y por vivir como le ha dado la gana. Y su obra, páginas donde brilla el espíritu de independencia, la celebración de la vida, el espíritu libre, la voluntad de ser sincero con uno mismo. Porque ha sido siempre un hombre libre e inaprensible, alguien que desprecia profundamente el gregarismo de las masas. Y esto nunca se lo perdonaron. Es la suya una obra

que transmite un intenso espíritu de libertad personal, de andadura independiente. Álvarez tiene nostalgia de mundos especialmente refinados, muertos o condenados a la desaparición bajo los efectos de la barbarie de esta época. Este hombre resultaba, cómo no, atractivo: lector insaciable, creativo, libre, que ha alcanzado un cierto estado de paz consigo mismo o cuando menos una tregua, que está un poco al margen de todo, de su tiempo, en otra parte; al margen, sobre todo, de los arrabales de la literatura, de los embrollos y las desavenencias personales, más preocupado en su privada búsqueda de lograr una secreta excelencia personal, ese íntimo paisaje interior hecho de espacios más habitables que ningún otro. Un envidiable modelo de vida. Y el gozo de nuestras horas de lectura de su obra está en el origen de esta pasión nuestra. Porque este poeta, autor de una vida que ha pretendido ser una obra de arte, ha entregado su vida a la poesía, y así mira con gusto en sus versos hacia un romántico pasado, cuando hombres y mujeres eran admirables, casi como dioses. Vive atrapado por el romance del pasado, molesto por la imagen cínica del presente.

Josep Oliver nos dice que José María Álvarez tiene ese don de entusiasmar a quien lo lee. Sea con su poesía, con esa celebración de la vida, del arte, o hablando de otros autores y de su devoción por ellos, uno se siente impelido a seguirle. La literatura, la memoria, el placer, pero sobre todo el Arte (la vía de trascendencia del poeta, la mejor expresión del Ser) son los ejes principales sobre los que girará toda su obra. Y para José María Álvarez el Arte es la salvación. En primer lugar, porque es la única obra del hombre (en sus múltiples facetas) que le hace participar de la eternidad, al proyectar en el tiempo el pensamiento, la obra de autores que, de otro modo, hubiéramos olvidado. Segundo, porque el Arte es el placer más intenso del ser humano (de una inteligencia educada). Tercero, porque el Arte es una faceta inseparable de la vida, no puede desligarse en su caso el uno de la otra. No puede concebirse una existencia si no es unida al arte, a la dicha de la contemplación, a la interac-

ción con ese arte como una forma de autoconocimiento y conocimiento del mundo. La percepción de Álvarez de la figura del poeta es de clara filiación romántica: el poeta es un ser superior por cuanto puede modelar la realidad, es un dador de la belleza a los demás. Al ser el poeta un ser de extremada sensibilidad, que sabe apreciar la poesía que le rodea en un mundo terriblemente antipoético, es un ser único, elegido. Y la naturaleza de esa contemplación es comentada por el mismo autor en sus *Memorias, Los decorados del olvido*: «Lo importante es comprender esa belleza, amarla. Como si estuviera ahí –en realidad es lo mismo que el Arte– para descansar de la vida, para que esa contemplación, en esa contemplación, lo que somos descansen». En su obra la llamada de la Belleza como ideal de devoción es absoluta. La Belleza, además, y el triunfo de la carne, es una victoria ante la muerte, aunque sólo sea temporal, es una reafirmación de la Vida. Todo se reduce entonces, a aceptar la dicha de esa vida. Y la vida, para Álvarez, es literatura. Y la literatura, a su vez, es parte indisoluble de la vida, de forma que no se entiende una sin la otra.

Con un lenguaje emocional y deslumbrante, y apostando siempre por una idea de la poesía como excelencia, Álvarez encuentra en la cultura una defensa frente a la vulgaridad de un mundo degradado. Es el sueño de la Cultura. El gran sueño. Para ello, la belleza del arte convive con el vitalismo del sexo y la melancolía de la inteligencia. Y siempre –como una obsesión en su vida– cuestionando el sentido de lo políticamente correcto. Este poeta sólo concibe la vida en relación con el arte. Sólo el arte salva la vida. Es quizá el poeta más controvertido de los nueve que aparecieron agrupados por Castellet en su ya clásica antología *Nueve novísimos poetas españoles* (1970). Y siempre ha sido caracterizado parcialmente, y por ello recluso a la consideración de *poeta culturalista* sin mayor razonamiento, evitando así cualquier análisis de su poesía en profundidad. Ésta desborda los márgenes de la literatura y se inmiscuye en su vida. Adentrarse en el mundo poético de José María Álvarez es abrir una puerta de

la Literatura, mientras una voz claramente personal nos muestra a sus maestros, poetas y escritores universales, que no sólo influyen en su escritura sino que también le proporcionan un *dictum* moral. Pero a pesar de esa mala lectura de su obra y de la indiferencia hacia sus logros, la poesía de Álvarez ha sido, sin duda, de gran importancia para la historia de la poesía española contemporánea. Algunos de aquellos poetas *novísimos* fueron diluyéndose, o se dedicaron con preferencia a la narrativa o al ensayo, pero Álvarez sigue siendo un referente dentro de la poesía actual. Su *Museo de Cera* es uno de los libros sagrados de la poesía moderna española. De los *Nueve novísimos* es hoy no sólo el más novísimo sino el más auténticamente nuevo; el más fiel a su poética de siempre a la vez que el que mejor ha sabido evolucionar y renovarse. Cuando la mayoría de sus colegas de generación agonizan, en no poca medida, perdidos en los limbos de la edad o la insignificancia, José María Álvarez deslumbra con la impertinencia, la procacidad, el impropio, la elegía, lúcidas. Y no olvidemos su importantísima labor como traductor. Sobre todo su mítica traducción de Kavafis, esa traducción tan conocida, leída y disfrutada –que probablemente sea el libro de poesía más vendido en España–, ha tenido una gran influencia en la poesía española moderna. Memorable fue también el homenaje que promovió Álvarez en Venecia en honor a Ezra Pound en 1985, centenario de su nacimiento. Allí convocó a poetas, escritores y estudiosos de varios países en una peregrinación de palabras y ánimos. Otra reunión vibrante fue la que organizó en Buenos Aires, junto a María Kodama, en honor a Borges. O las once ediciones del festival *Ardentísima*, que convirtieron a Murcia en un punto de encuentro de la poesía internacional. Porque este poeta aboga siempre por una Literatura universal, quizá la única –como diría Borges–, por una Cultura que recoja lo mejor de todas las lenguas y culturas del mundo.

En cuanto a Villa Gracia, una visita a esa casa es una experiencia que no se olvida. Se podría decir que Villa Gracia es un monumen-

to a la Literatura. Es un emblema de la vida literaria, de la vida hecha literatura y de la literatura hecha vida. Porque eso mismo es José María Álvarez: un ejemplo vivo de cómo la literatura potencia la vida. De cómo la literatura transforma nuestras vidas, las depura de todo lo banal y las llena de sentido. Y él es pura literatura, pura vida. Sus recitales poéticos fueron desde el principio un acontecimiento y –a pesar de que los críticos suelen esperarle siempre con las uñas afiladas– su poesía es un canto a la Civilización que sirve para construir una vida felizmente acompañada de libros, alcohol, ciudades y música. Desde hace unos años parece afincado definitivamente en París, tras muchos años de flirteo, idas y venidas a la ciudad de la luz.

Encuadrar a Álvarez en un concepto de poesía formal sería poco menos que desvirtuar la esencia de su creación. Porque su poesía es un informal canto contra unas estructuras mentales demasiado rígidas, contra unas normas culturales opresoras. Igual que sus recitales, un libro de José María Álvarez es siempre un acontecimiento. Amable con sus amigos, culto, elegante, curioso, vitalísimo, leer a José María Álvarez es regresar a Simbad El Marino y las procelosas aguas por las que transitamos hacia lo desconocido, cuando todavía quedaban mundos por descubrir. Su obra fue como un relámpago que me atravesó ya para siempre. Un asidero para no perder la lucidez, siempre dolorosa. Tanta vida, tanta intensidad, tanta emoción, toda esa fascinación y belleza. Tantas imágenes y emociones que me acompañarán para siempre, toda esa dicha. Sólo puedo expresar mi gratitud por todo lo que me ha hecho y hará sentir y vivir su obra. Porque su lectura provoca un estado de rebelión, de exaltación vital y hedónica, de deslumbramiento continuo. No hay nada parecido en toda la poesía española del siglo XX ni del XXI. Esa mirada luminosa, ese asombro que habita en el poeta. El encomio de una forma de vida extinta, el absoluto gozo del que sabe que su vida se ha ennoblecido gracias a los placeres refinados del Arte.

La poesía de Álvarez es de gratitud a la vida por haberle hecho conocer esos paisajes, esos libros y esos cuerpos amados. El poeta actúa como un gran compendiador de las voces inmortales de tantos otros poetas que, a su vez, han ofrecido su legado a la eternidad. A este poeta resulta casi imposible compararlo con otros poetas. Sus trabajos aguijonean con saña al lector y acaban por hipnotizarlo y seducirlo. La curiosidad, siempre presente, como motor del poeta. Y la conciencia de la dignidad y de la derrota. Una reivindicación de un modo de vivir ostentosamente reñido con el adocenamiento y la desmemoria cultural que parecen ingredientes fundamentales del igualitarismo moderno. La obra de José María Álvarez se ha ido estructurando para las posteriores generaciones en una suerte de educación sentimental.

Siempre con su chaqueta –que no olvida un pañuelo llamativo en la solapa, colocado casi como por azar, pero delicadamente dispuesto–, con una melena leonina y una expresión pícaro, habla de poesía, de vida, parapetado por una copa de coñac y uno de esos pequeños puros que enciende de manera sistemática, uno tras otro, José María Álvarez es el poeta que ha vivido la vida de poeta. Y nos dice: «Yo, por otra parte, nunca me he sentido *culturalista*, sino que he deseado cultivarme». En su sed de saber, de conocer, de contemplar, encuentra justificación para escribir. El arte, para él, es «emoción y encanto. Y nada más» –reconoce. Y asegura que «han matado la sexualidad». La poesía de Álvarez eleva al lector a un mundo donde la belleza, el sentido de lo heroico y el noble hedonismo de raíz griega nos hacen inmediatamente mejores. Tal voluntad *educativa* podría parecer incluso ingenua si no se sostuviera en profundas convicciones. José María Álvarez ha sostenido las suyas con ejemplar coherencia desde hace casi medio siglo. Y esas convicciones parecen hoy más necesarias que nunca. Este poeta es voluntariamente cultista, vitalista y elitista y cree que todo se va destruyendo en esta civilización. Y su amada ciudad de Venecia es –desde hace muchos años– la imagen de un ocaso dorado y gran-

dioso, pero crepúsculo, o sea, fin. Poeta, y solo poeta, a la manera antigua, sabe gozar de los libros y de la vida. Y ha hecho de la cultura, y de la literatura especialmente –los viajes forman también parte de ese equipaje vital–, su vida. Además ha contado con los medios económicos suficientes para satisfacer sus curiosidades de coleccionista y viajero. Y esa situación privilegiada le ha permitido mantenerse en un mundo interior y exclusivamente creador, así como vivir sin preocupaciones ni riesgos.

Para mí no ha habido mayor satisfacción que la de comprobar que este poeta se parece, efectivamente, mucho a su obra, cosa que no siempre ocurre y que para un lector, es lo mejor que podía ocurrir. Ese efecto estético. Y en las conversaciones con él destaca siempre su agudeza de juicio, tan sutil, y el saber adaptarse a cada uno de sus interlocutores con gran flexibilidad intelectual. Con los años ha sabido seguir vinculado al arte y a sus ideas, con una gran libertad de espíritu, y en una especie de exilio interior. Pues, como decía Stefan Zweig, cualquier forma de exilio se convierte para un hombre de espíritu en un estímulo para el recogimiento interior. La poesía ha sido para él desde siempre un arte de saber vivir. Y uno siente que la literatura es posible gracias a gente como él, que cree en lo que hace y que pone toda su vida en ello.

Como Borges –el entusiasmo de un hombre como Álvarez hacia un hombre como Borges es extraordinariamente interesante–, José María Álvarez no llegará tampoco al último verso. Seguirá escribiendo su soliloquio al ritmo que le señale el pulso de la vida. Esa verdadera vida de poeta.